

# Un cartel cuelga en el dormitorio de la niña

Pavella Coppola Palacios

Es la primera vez que escribo sobre la infancia antes y después del 11 de septiembre de 1973. Algo extraño se interpuso todos estos años, obligándome a decir los retazos de memorias sólo como un mantra inacabado y sigiloso. Fue como escribir con tinta transparente sobre una estela brumosa. Exteriorizar esos recuerdos en una escritura real me pareció siempre un despropósito ante la insustituible superioridad moral de otros relatos de desapariciones, persecuciones y exilios que habían sido parte de las historias de mi entorno cercano.

Sin embargo, la memoria como contrapartida del olvido, o la memoria hecha también de olvidos, indefectiblemente no renuncia a lo que sabe hacer, o se esfuerza por oficiar, es decir, no renuncia ella a instalarse en un presente que reconoce -a cierta distancia y con cierto destiempo- los contornos y las figuras del pasado que suceden como escapularios colgados en medio del corazón.

Creo necesario reconstruir –aunque sea un poco desenfocada– la imagen de ese dormitorio que quedó allá lejos, cuya puerta tuve que cerrar un día, dejando atrás mis tesoros inevitables, la muñeca Paola, la gata Benita, el prendedor Trapelakucha de plata en mi cofre de alpaca. También quedó encima del velador la plancha de juguete, hecha de fierro y pintada en amarillo. Curioso juguete que permitió esconder el carnet de las juventudes comunistas de mi hermano, justo antes que los militares allanaran el domicilio: abrí el pequeño orificio trasero de la planchita y con una singular motricidad introduje un pequeño cuadernito de tapas azules que quedó allí para siempre.

Sobre la cabecera de la cama, justo en medio de la pared de mi dormitorio, lo veía todos los días. Me gustaban los colores, la carita del niño con los cachetes rojos que coronaba la composición del afiche *La felicidad de Chile comienza por los niños*. El niño ése era la figura central con la pequeña bandera que todos reconocíamos. El otro, más delgado, más pequeño, un tanto ladeado y de pantalón corto amarillo encumbraba una choncha, seguramente hecha del diario *Puro Chile*. El más pequeñito sostenía una pelota y miraba al espectador con la contagiosa algarabía de sus amigos. Y era la niña, sosteniendo con su mano izquierda la muñeca y con la diestra la margarita blanca, la que más me alegraba. Era como mirarme. Ella era yo, vestida de verde, siendo protagonista de un cartel. Era la felicidad misma contemplarlo en las tardes cuando el sol primaveral entraba entremedio de las persianas y sabía de la tibia presencia de mi mamá en casa.

Se trata del cartel editado al comienzo del gobierno del presidente Salvador Allende, en 1970, cuya distribución en la vía pública alcanzó 20.000 ejemplares. Estos fueron regalados en plazas y paseos peatonales a lo largo de todo Chile. El tamaño original del afiche era 53 x 75 cm. La Impresión Offset fue a 4 colores. No recuerdo cómo apareció en mi casa, sí recuerdo la libertad que tuve para elegir el lugar exacto donde se pegaría con scotch. La dupla Larrea- Albornoze posee la autoría de este cartel que ha persistido como una iconografía indefectible. Vicente Larrea ha dicho: "Lo que no deja de sorprendernos gratamente y nos conmueve es que esto es una iconografía popular hoy día. El Mono González lo ha pintado en varios murales, la semana pasada me llegó la foto de una farmacia popular que lo había puesto en su frontis. Chile lo tomó como parte de su identidad y eso es el mejor pago que nosotros podemos recibir como personas y diseñadores. El mejor título, diploma y doctorado es que estamos en la memoria colectiva". La sencillez de la composición hace de este trabajo gráfico un acierto visual, cuya capacidad de síntesis no debiera, únicamente, ser asunto de un logro del pasado, sino debiera tocar la sensibilidad y propuesta visual del presente como recordatorio de la importancia socio-comunicativa que le asiste al cartel.

Pero hay pedazos de este afiche que no recordaba: únicamente tenía en la memoria las caras alegres de los niños. El pajarito lila que organiza la diagonal imaginaria entre la letra ese y la margarita, se había volado. También se esfumaron las flores que sirven de base bajo los pies de los niños.

La memoria está hecha de olvido(s). Reconstruir ese pasado es como volver a encajar el cuerpo adulto en esa imagen mínima del dormitorio de la niña, pareciera ser el inevitable ejercicio de recomponer el camino que ha dejado cierta devastación. Los fragmentos únicamente constituyen la posibilidad de dar con la tensión entre olvido y memoria. Ese todo en el dormitorio de la niña ya no existe, apenas hoy sucede la inquietud de la fragmentación.

